

por señal cierta de la divina voluntad. Venian los pobres, y la Madre de las misericordias, que con luz divina penetraba sus necesidades espirituales y corporales, es de creer piadosamente que unas y otras se las socorreria; y el que venia en pecado y pobre, volvía contrito y socorrido: el que venia tibio, volvía fervoroso; y el devoto volvía encendido en el divino amor; y así egercitaba nuestra Señora la perfectísima caridad. Piensa que no se quedarían sin limosna los pastores por haber servido á nuestra Reyna. Piensa mas, que no podían estas limosnas ocultarse en Belen, y que luego se sabría como eran dones que le habían dejado los Reyes. ¡O qué pesadumbre tuvieron aquellos á cuyas partes llegó á pedir posada nuestra Señora la noche del Nacimiento, y se la negaron! ¡O mal haya nuestra fortuna, dirían, que si la hubiéramos dado posada, hubiéramos granjeado mucho en esta ocasion! ¿Pero quién podría imaginar que unos Reyes habían de venir á visitar á una pobre como aquella? Piensa mas, que la que ántes era cueva de bestias y establo de animales, ahora es casa de Dios, refugio de pobres, fuente de caridad y misericordia. ¿Y porqué? Porque entraron en ella Dios y su Madre. ¡O devoto de esta gran Señora! Acude con estos pobres, como pobre. No te apartes de aquel pesebre hasta que te sientas socorrido: pídele con humildad, y ofrécele tu alma y corazón vacío de todo lo terreno, que así te lo llenará de bienes del cielo, porque es misericordiosísima y sumamente liberal. Mira no te suceda lo mismo que á los de Belen, que se arrepintieron de no haber hospedado á esta Señora, y de no haberla servido; pero fué tarde su arrepentimiento. Sírvela tú ahora: vísitala por la mañana, al medio día y á la noche, que yo te aseguro que salgas bien librado.

#### MISTERIO CUARTO.

##### *De la Presentacion del Niño Dios en el Templo.*

153. CONSIDERA cómo habiendo estado nuestra Señora cuarenta días en aquel establo, durmiendo en el suelo, comiendo pobrísimamente, padeciendo frios grandísimos y necesidades, al cabo de ellos salió para Jerusalem á purificarse y

á presentar al Niño, como lo mandaba la ley. Llegó al templo, compró dos tórtolas, ó dos palomas para ofrecer. Piensa lo primero, cuan mortificada sale nuestra Señora de aquella cueva, despues de cuarenta días de penitencia, y en tiempo de nieves, hielos y frios. Camina á pié la Reyna del mundo (como lo dice San Buenaventura :) mira el rigor con que trata el Señor á su Madre. Piensa lo segundo la alegría que lleva en su alma y corazón con la ofrenda que lleva en sus brazos al Eterno Padre, que era su hijo Unigénito. Mira qué alegres irán las almas al templo de la gloria, si llevan consigo á Jesus. Piensa lo tercero, como nuestra Señora en el templo se puso, como humilde, en el último lugar de tras de las otras, que acaso concurrían á la misma función aquel día; y viéndola allí, como la mas pobre de todas, considera su grande humildad, que en la estimacion de los que la miraban era tenida por inmunda, y como tal se venia á purificar como las demas, siendo mas pura que los ángeles, mas hermoso que el sol y las estrellas. Aprende por aquí á humillarte y á ocultar lo bueno que en tí pusiere el Señor: gusta mas de ser tenido por malo, que por bueno: si siendo bueno te tuvieren por malo, asegura lo que tienes bueno: si siendo malo deseas parecer bueno, eres hipócrita; y si siendo bueno no ocultas tu virtud, te expones á que te la hurte la vanidad.

154. Considera cómo el santo Simeon, estando aquella noche recogido en su casa, tuvo revelacion de que al día siguiente había de venir al templo el Mesías, que él con grandes ansias deseaba. Vino al templo lleno de fervoroso gozo: entró, y luego conoció al Salvador del mundo en los brazos de su Madre. Puedes piadosamente creer, que el Niño Dios se le mostró vestido de resplandor y luz divina en los brazos de María sacratísima, y que por eso lo conoció. Llegó (dice San Buenaventura,) y postrado en tierra le adoró; y el Niño Dios hizo como que quería pasarse de los brazos de su Madre á los del Santo Simeon. Recibióle el venerable anciano, y deshecho en lágrimas de devocion, abrasado en fuego de amor divino, prorumpió en aquel cántico de alabanzas que canta la Iglesia: ahora, Señor mio, dejais en paz á vuestro siervo; como quien dice: venga ya, Señor, la muerte, no quiero mas vida: venga ya, que la recibiré con alegre semblante, pues ya he visto con mis ojos á Dios mi Salvador. Llegóse también la santa viuda Ana,



y conociendo al Señor, le adoró, y cantó juntamente sus alabanzas. Piensa cómo se alegran en el Señor los justos; y cómo por último sus entrañas de misericordia no dilatan en consolarles: detiene muchas veces su consuelo; pero eso es para aumentarles la sed, para que después de una larga sed perciban la dulzura y suavidad de sus divinos regalos.

155. Considera cómo el Santo Simeon volvió el Niño á los brazos de su Madre, y luego se ordenó aquella célebre profesión hácia el altar. Iba el Santo Simeon (dice el seráfico doctor) delante, llevando de la mano al Señor San Josef: seguía luego nuestra Reyna, acompañándola la santa viuda Ana, cantando todos himnos de alabanza al Señor con inmenso regocijo, hasta que llegaron al altar. Piensa como las demás mugeres, que estaban para purificarse ántes, no habían hecho caso de nuestra Señora, por haberla visto tan pobre, y arrodillada allá abajo detras de todas; pero ahora pasmadas con lo que vieron y oyeron, le hacen lugar, y con grande reverencia (porque también serian participantes del gozo interior) la saludaban y echaban mil bendiciones, engrandeciendo cada una, como mejor podia, á la divina Magestad, y dándole gracias porque se había dignado de visitar al mundo. Llégate tú á esta procesion, coge en las manos la vela, encendiendo y avivando la luz de la fé con tus buenas obras, y canta con los demás alabanzas á Dios á y su Madre.

156. Considera cómo habiendo llegado al altar la sacratísima Madre Virgen con suma reverencia, hincada de rodillas con profundísima humildad, ofreció al Eterno Padre su querido Hijo, y le puso sobre el altar, diciendo con palabras de fervorosa devocion y amor: ¡ó Padre clementísimo, altísimo Dios y Señor mio! recibid de las manos de vuestra esclava al dulcísimo y amantísimo Hijo vuestro. Vos, Señor, os dignasteis de que vuestro Unigénito lo fuese mio también; y así os vuelvo lo que me disteis, por cumplir el mandato de vuestra santa ley: mas ruego á vuestra clemencia me le volvais, que es la vida de mi alma, y el único y total bien que posee mi corazón. ¡O Dios Eterno, y qué ofrenda es esta! Jamás el mundo había ofrecido á Dios cosa semejante. ¡O cómo se agradó con ella el Eterno Padre! ¿Quién podrá entender la grandeza y alegría de que quedó lleno el corazón de nuestra Reyna? Piensa, que si Dios da ciento por uno que le ofrezcamos: ¿qué le daría á nuestra Reyna, ofreciéndole uno que vale tanto como el mismo Dios? Considera

cómo nuestra Señora redimió á su santísimo Hijo con cinco siglos ó monedas, como esclavo. ¡Mira qué de balde se da el Señor! Luego piensa como la sacratísima Virgen cogió las dos tórtolas, é hincada de rodillas, los ojos puestos en el cielo, las ofreció al Eterno Padre en nombre de su divino Hijo, diciendo: recibid, Padre clementísimo, esta pobre ofrenda, y pequeño don, que vuestro Unigénito de su pobreza os presenta. Pensarás acaso, que por ser la ofrenda corta, no sería de tanto agrado para el Padre? Te engañas; porque no hay prenda que toque al Hijo y Madre, por pequeña que sea, que no sea muy grande en la estimacion de su Eterno Padre.

157. Considera cómo el Santo Simeon, después de todos estos gozos y regocijos, se volvió á nuestra Señora, y le dijo: atended, Madre y Señora, á este Niño; sabed que ha venido al mundo para ruina y resurreccion de muchos: con su venida caerán los soberbios, y serán ensalzados los humildes: él está puesto en el mundo como señal ó blanco que señala y enseña á los hombres el camino del cielo; pero muchos se le han de oponer, y le han de hacer gran contradiccion y guerra, y en esa ocasion vuestra alma será traspasada con un cuchillo cruelísimo de dolor. Piensa cuál quedaría el corazón piadosísimo de nuestra Señora, y como todo el gozo pasado aquí se le convirtió en una mortal tristeza. Saca de esta consideracion tres doctrinas: la primera, que si no te humillares, el Señor, que vino para levantarte al cielo, te abatirá al abismo: la segunda, que no seas de los que le hacen guerra y contradicen con su vida y costumbres; y la tercera, que no te asegures en los gozos de esta vida, aunque sean de Dios, porque como los da, los quita.

158. Considera cómo habiendo salido nuestra Señora de Jerusalem para Nazareth con la pena referida, ántes de llegar, (como dice San Buenaventura,) estando una noche recogidos en un meson, se le apareció al señor San Josef un ángel, y le avisó como Heródes estaba determinado á buscar el Niño, y quitarle la vida: y así, que luego al punto se levantase, y con la Madre santísima, y el Niño dejase el camino de Nazareth, y huyese á Egipto. Fuése el santo á nuestra Señora, que estaba descansando, despertóla, y le dió parte del peligro del Niño, y cómo el ángel le avisaba, que luego al punto huyesen. Piensa cómo con esta nueva, al oirla, se la estremeciéron todas las entrañas, y el corazón



fué poseido de un susto mortal : mira las tribulaciones en que ponía el Señor á su Madre. Levantóse al punto la santísima Virgen, y sin dilacion ninguna se puso en camino con el Niño Dios en los brazos. Piensa como sin detenerse, ni esperar el dia, ni hacer prevencion alguna, sale á media noche, toda asustada y atribulada, sin pensar en otra cosa que en poner en salvo á su divino Hijo. Mira no pierdas á Dios : atiende á los peligros del mundo, en donde los enemigos de tu alma siempre andan listos por quitártelo : pon grandísima diligencia en conservarlo.

159. Considera cómo habiendo salido nuestra Señora, empezó la crueldad de Heródes : déjala un poquito en aquellos caminos, y vuelve con la vista á Belen y sus contornos, y verás toda la tierra llena de llantos y amarguras : verás muertes y desastres cruelísimos : los ministros del demonio entrando por aquellas casas, y matando á cuantos niños hallaban, persiguiendo en ellos á Jesucristo. Repara en la desgracia que le sucedió, habiéndose ausentado la Madre de misericordia. Cuando su Magestad estaba en Belen, estaban en egércitos numerosos los ángeles, habia músicas y cantores del cielo : ahora se ven desgracias, de las cuales redundan dolorosos llantos. Entónces los reyes se humillaban y ofrecian dones : ahora se ve que un rey quita soberbio las vidas. Los pobres tenian entónces consuelo, limosna, remedio y alivio : y ahora son perseguidos. Mira, cristiano, no te apartes de esta gran Señora : mira no se te vaya, faltando tú á su devocion ; porque si se va, se te fué Dios, y te quedas en una noche obscurísima, sin sol ni luna, y te sucederán grandísimos desastres.

160. Considera los trabajos de la Reyna de los ángeles en tan largo y dilatado camino, que el que mas breve lo cuenta, lo hace de cien leguas : y otros dicen, que por los extravíos anduvo mas de doscientas. Y como dice San Buenaventura, de allí cogieron el viage, apartados del camino, por montes y desiertos, por bosques y espesuras, sin camino ni vereda, entre fieras y animales, y á pié la Reyna de los ángeles, y por el mes de Febrero, que era invierno. Piensa en el frio que padeció nuestra Señora y el Niño Dios : piensa cuando se mojaban, que se les secaba la ropa en el cuerpo : piensa en la cama en que descansaban, que era el duro suelo : cuando topaban alguna cueva, en ella se metian ; y cuando no, á la inclemencia del tiempo en la fria campaña. Piensa tú cuán-

tas veces caminaria por lodos, por nieves y pantanos, helándose y mojándose los pies, y muchos dias y noches enteras en lodo y agua. Piensa en su cansancio, piensa en sus fatigas y sudores, piensa en sus hambres y sed, piensa como tambien otras veces la affigia el sol y el viento, el polvo y la arena. Ve contemplándola, y haz cuenta que tú eres el que caminas sin prevencion ninguna, y cuantos trabajos á ti te sucedieren, cuantos miedos y desconuelos, haz cuenta que todo le sucedió á tu Señora, porque no le ahorra el Señor las penas, ni las angustias, ni los trabajos. Aprende á entrarte á ellos sin temor.

161. Considera cómo habiendo nuestra Señora llegado á los confines de Palestina á unos desiertos, que median entre la Tebaida y Galilea, dicen San Anselmo y el Cartujano, que la salió al camino una compañía de ladrones, los cuales quisieron prender al señor San Josef y á nuestra Reyna, para despojarlos ; y en esta ocasion se puso Dimas, que era uno de los ladrones, de parte de la sacratísima Virgen, y con sus armas y razones la defendió de todos, y por su respeto le dejaron ir libre con su santísimo Esposo. Tuvo nuestra amantísima Señora tan en la memoria este servicio que la hizo el Buen Ladron (dicen estos santos,) que se lo pagó no ménos que con alcanzar del Señor la conversion, pidiendo por él en la cruz, consiguiendo, como se sabe, la salvacion eterna. Piensa lo primero en la tribulacion de la Reyna de los ángeles cuando se vió asaltada de los ladrones, y que le prendian al Santo Josef : atiende como el Señor, que iba en su compañía, la podia librar, y confundir á aquellos ladrones, ó cegarlos, para que no le viesen, y no quiso, sino que padeciese aquel susto mas. Piensa lo segundo, cuán grande es la misericordia de María santísima, y cuán en la memoria tiene los servicios que se le hacen á su Magestad, pues despues de treinta y tres años se acordó de aquel buen Ladron ; y no obstante que estaba hecha un mar de penas, de amarguras y dolores junto á la santísima cruz, se acordó del bien que le habia hecho, rogó por él, y le alcanzó la eterna bienaventuranza. Mira tú devoto cristiano, amante de María santísima, ¡ cómo olvidará esta celestial Reyna los Rosarios que tú la rezares ! Si se acordó del que le hizo un solo obsequio, ¡ cómo se acordará de quien cada dia la obsequia y saluda ciento y cincuenta veces !

162. Considera lo que dice Fr. Antonio del Castillo en su



itinerario:\* tráelo por comun tradicion de aquellas partes, asegurando que él vió, y estuvo en la parte en donde le sucedió el caso siguiente á nuestra Señora, lo cual refiero solo por consideracion moral y piadosa, sin darle mas autoridad, solo para que egercites la piedad en la consideracion de los trabajos de nuestra Señora en tan penoso viage. Dice, pues, este venerable Padre, que en aquel desierto está un terebinto grande, así en el tronco, como en las ramas, y que pasando el señor San Josef y nuestra Señora con su Hijo santísimo por el sitio en donde está el referido árbol, volvió atrás la vista la divina Reyna, por el sumo cuidado con que iba, y vió asomar por lo alto de la cuesta gente de á caballo; y conociendo que eran soldados de Heródes, que venian en su seguimiento, fué grande la tribulacion en que se vió; y como no admitia dilacion el peligro del Niño, se entró en un matorral espeso que habia cerca del camino, y en él escondió al divino Niño, ocultándolo con las ramas y algunas yerbas y hojas secas, y luego se salió al camino, y con el señor San Josef se arrimaron al tronco del terebinto, esperando, ó la muerte, ó ser presos de los soldados; pero se abrió repentinamente el tronco, y recibió dentro de sí á los dos fugitivos y afligidos esposos, volviéndose á cerrar de manera, que cuando llegaron los soldados, no hallaron nada de lo que buscaban. Mira la nueva tribulacion de nuestra Señora, de ver que el Niño Dios se le habia quedado fuera, si darian con él. No le apartes de ti; vive con él, y muere con él; pero tampoco dudes el exponer á la muerte tu vida por no perderle. Fuéronse en fin los soldados, y abrióse el tronco. Medita y considera lo que dice nuestro Belvacense,† que en aquel desierto, que era de mas de cincuenta leguas, sin casa alguna, habia cantidad de fieras y serpientes, que no les daba poco cuidado á nuestra Reyna y á su Santo Compañero; pero ¡ó Señor poderoso y clementísimo Dios, que os veis ahuyentado de los hombres, y hallais agasajo en las fieras! Salian de sus cuevas las serpientes, y adoraban en su modo al Señor en los brazos de su Madre María santísima, y esperando la bendicion de nuestra Reyna, se volvian á sus peñas. Salian los leones, los leopardos y otras fieras, y se humillaban ante nuestra celestial Princesa, y luego cogian la vereda, cada uno

\* Itiner. Terræ S.

† In Specul. lib. 6. cap. 94. Bib. Max. Matth. d. 63. fol. 262.

por su órden, é iban enseñando el camino al señor San Josef, y luego se postraban, como pidiendo la bendicion de nuestra Señora, y se volvian á sus bosques. ¡O devoto de María santísima! Aprende de aquestas fieras, que se amansan, humillan y domestican á vista de nuestra Reyna: no la pierdas de vista: acompaña-la, y postrado á sus plantas tres veces al dia, pídelas su bendicion; que quien la daba á las fieras, no la negará á un pecador humillado y contrito.

163. Considera cómo en aquellos desiertos, como lo dice nuestro obispo Equilino,\* habia grande penuria de agua, y los que caminan por ellos la cargan en vasijas, y el señor San Josef la cargaba en un zaque ó pellejo. Acabósele el agua; y pasados tres días, fatigados y cansados, se sentaron debajo de una palma: no hizo nuestra Señora mas que levantar la vista á lo mas alto, y al punto la palma se dobló y humilló á los pies de la Señora del mundo, ofreciéndole los racimos de dátiles, de que estaba cargada, y en ellos cantidad de rocío; de manera que bebieron, cogieron la fruta que necesitaban para el sustento, y luego se volvió á enderezar la palma como estaba de ántes. Piensa en tu Dios sobre los brazos de su Madre santísima, tu Señora, en los desiertos de este mundo, afligido con hambre y sed de la salvacion de las almas, y que la misma enfermedad padecia nuestra Reyna. Humíllate á sus plantas, no seas como la higuera de maldicion: ofrécele los frutos de tus buenas obras con humildad y reverencia; que así te levantarás á tu primer estado de la gracia que perdiste. Haz cuenta, que cada Rosario que rezas es un racimo de la mejor palma de Cadés, María soberana: dáselo con humildad, y acompañado del rocío del cielo, y de la lluvia de la mas pura nube, que es el Verbo humanado. Piensa en su vida; que así le darás sustento y bebida á tu Reyna y Señora, y lograrás, como aquella palma, su santísima bendicion.

164. Considera lo que dice San Vicente Ferrer,† que en los confines de la Tebaida habia un árbol grande, muy copado y vistoso: vió el demonio en tiempos antiguos, que los Tebaidos estimaban mucho aquel árbol, y se puso en él, y al principio con espantos, luego hablándoles en él, les persuadió, que era Dios, y por él los rindió á la idolatría, con que

\* Petr. Natal. lib. 2. cap. 15.

† Serm. in Octav. Inn. Baron. ann. Christ. 1.